

RECUERDOS
DE
MI INFANCIA
24-X-73

Cuando durante el día pienso en las cartas que hasta hace cinco años recibía de Los Angeles, voy a mi cuarto a leerlas y me pongo triste. Pero es muy corto el tiempo que así me quedo, porque mientras leo, sin darme cuenta, mi mente se entretiene en ideas mejores por las que sonrío. Mi tío Fernando no vivió en Los Angeles sino en una población cercana, "en una villa pequeña en la cual todos nos conocemos y somos amigos", según me escribió en su última carta. Le gustaba contarme cómo cambiaban con las estaciones los árboles y las flores del Jardín Central, que se extiende hacia afuera y rodea a Encino. Entonces yo era muy niño. Mi mamá fue quien me dijo que él había muerto y lloré tres o cuatro días, sin ver a nadie, ni a Gonzalo. Esa última carta la he leído muchas veces, y no me da vergüenza llevarla dentro de algún cuaderno aunque ya esté yo en secundaria. A Gonzalo le platico de mi tío, de cuando iba a venir un año antes de su muerte, pero no logro interesarlo. Yo tengo algunos recuerdos y me gusta pensar en esos días. Sólo siento que mi tío no haya venido ni una sola vez a estar con nosotros.

En 1923 me prepararon para la Primera

Comunión. Durante enero y febrero todo fue hablar de esa fiesta. Yo estuve callado y tranquilo más de dos semanas. No es que me hubieran amenazado o algo parecido, sino que fui más obediente porque quise. Además, mi mamá me llevaba a un convento, para que me enseñaran las oraciones y lo que es la Sagrada Eucaristía, y allí se oían apenas otros sonidos que los de la capilla, a las seis, cuando cantaban rezando en otro idioma. La víspera de la fiesta, las monjitas hablaron de mi tío Fernando; pregunté quién era y mis papás me explicaron pero no pude entenderlos.

Tío Fernando vendría a visitarnos; lo decidió cuando supo que yo iba a hacer la Primera Comunión, un mes después de que le escribieron la noticia. Desde la tarde estuve pensando en mi tío; mis papás comentaron que el viaje en ferrocarril debió tardar catorce días, y mi tío aún no llegaba: ellos lo esperaban desde la víspera, por la mañana, y sólo cerca de la noche fue que llegó un telegrama: él decía que el tren estaba viajando muy despacio.

La noche anterior a la fiesta, habló por teléfono. Nos dio disculpas, ya que todo había salido mal, pues podría llegar a Mé-

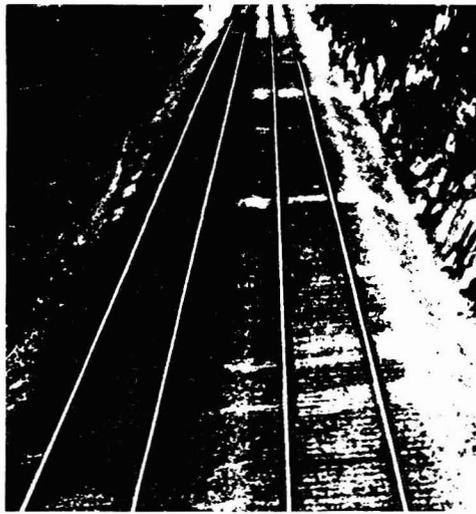
xico quizás una hora antes de la Misa. Pidió a mis papás que yo le hablara y no supe decirle nada. Me prometió que nos conoceríamos en la iglesia y que seríamos buenos amigos. Su voz era ronca; imaginé que era gordo y bajito; no lo relacioné con una fotografía que mi papá tenía en su cartera, la del señor alto y delgado; no sé por qué papá habla tan poco de su hermano. Mucho después le platicué en una carta que ya lo conocía en retrato. Además le pedí que me contara por qué vivía en Encino, lejos de nosotros, pero no quiso decírmelo nunca.

En la iglesia hubo muchas flores, y todas eran blancas. Conservo varias fotografías que me tomaron en la iglesia y en mi casa. Aprendí a ser fervoroso y todavía comulgo seguido, y, cuando comulgo, rezo por mi tío. El no estuvo en la iglesia. Dos días después recibimos una tarjeta postal escrita a mano y así conocí su letra: de Querétaro regresó a Guadalupe para atender un asunto inesperado.

Durante tres meses, al platicar con papá, volví a preguntarle acerca de su hermano. En mayo fue el eclipse de sol y no volví a acordarme de mi tío Fernando. Mi papá me explicó las posiciones del sol, de la luna y de la tierra. Yo recorté las fotografías del periódico y las pegué en un álbum que hice con hojas de cartoncillo. Le enseñé a jugar a Gonzalo: al oscurecer la tarde salíamos al patio de su casa o al de la mía, y allí nos estábamos callados y sin hacer otra cosa que sentir el primer frío de la noche. Una vez que nos aburríamos entrábamos a mendrar juntos en una u otra casa y nos despedíamos para acostarnos.

Tres días después de cumplirse un año de mi Primera Comunión recibí una carta. Antes, nadie me había escrito puesto que apenas tenía ocho años cuando él me felicitó por mi aniversario, y nadie acostumbra mandar cartas a los niños. Hace poco supe por mamá que nunca se escribieron mi papá y su hermano. Mi mamá le escribió en 1918, pero mi tío no contestó o la carta se perdió. La primera que me envió se





parece mucho a las que me escribió después exactamente cada tres meses: me platicaba cómo era Encino. Al leer sus cartas recorro la ciudad en la que él vivió hasta su muerte.

El año del eclipse, en noviembre, los papás de Gonzalo le compraron un boxer como regalo de cumpleaños. Ni a él ni a mí nos gustó el perro los primeros días, porque aparte de su figura, que nos asustaba, parecía enfermo de tan flaco. La hermana mayor de Gonzalo, que ya estaba casada, nos enseñó a cuidarlo. Ella vivía con su esposo y apenas tenían dos niñitos, y también cinco perros, pues al marido le gustaban los animales desde chico, y sabía cuidarlos para que comieran bien y no se enfermaran, y jugaba con ellos. La hermana de Gonzalo aprendió a quererlos; le cuidó su boxer a Gonzalo durante diciembre y enero; para eso venía dos o tres veces diariamente aquí junto, a casa de mi amigo. Los dos le tomamos mucho cariño luego que se puso gordo, y, aunque feo, desde el primer día fue dócil y amable con nosotros.

Llegó febrero. Yo veía a Gonzalo más horas en la escuela. En su casa o en la mía pasaba el resto del día jugando con el

boxer, si ninguno de los dos tenía tarea. El perro estaba grande y ágil, así que ya no fue necesario que la hermana de mi amigo lo atendiera; él fue todo nuestro entonces y le cambiamos nombre: dejó de llamarse Nerón, pues Gonzalo pensó que debía llamarse Alado.

Alado brincaba la barda que divide nuestras casas. Yo leí a Alado esa primera carta de mi tío Fernando. Era un perro muy listo: se estuvo quieto y oyó como si me entendiera. Cada tres meses le leía las cartas, y se las enseñaba, y Alado reconocía la letra. Mi tío escribía como si nada supiera de nosotros y no me contaba nada de su vida; en sus cartas únicamente me hablaba de lo que era Encino. Yo le platicaba cómo iba en la escuela y lo que hacía con Alado y con Gonzalo. Cuando sucedió el eclipse, no se ha de haber visto en Los Angeles, porque él nada me dijo.

Alado se puso muy nervioso cuando la sombra y el viento frío llegaron a nosotros; no supo dormir aprisa durante esa noche breve y ladró toda la tarde, fuera de su casa, escondido bajo la cama de Gonzalo. Allí se quedó dormido. A la mañana siguiente despertó con hambre y jugó con

nosotros como antes; sin embargo, brincaba de más lejos, con más fuerza y a una altura mucho mayor de la que tenía costumbre. Yo contaba todo esto a mi tío Fernando y él me describía Encino:

“En Encino hay muchas flores y muchos árboles muy grandes, no de colores sino blancos; son blancos los árboles, y las gentes son como árboles frondosos, y sus brazos y sus caras son como flores grandes y blanquísimas. . .”

Un año bastó para que Alado se habituara a esperar las cartas de mi tío: cada tres meses se echaba sobre la acera y, cuando llegaba el cartero, recibía en el hocico la correspondencia. Un día Gonzalo me reclamó que Alado estuviera conmigo demasiado tiempo; desde entonces nos distanciamos y los vi menos, a él y al perro. Quiero decir que no jugábamos juntos, porque sí los veía desde mi ventana. Cada tres meses yo miraba, a lo lejos, que venía el cartero, y veía cómo Alado lo esperaba. Con las manos y el hocico abría el sobre cuidadosamente; leía la carta y se ponía todo blanco, sin darse cuenta. Volvía a doblar la hoja y la metía en el sobre, que cerraba sin haberlo ensuciado y luego brincaba la barda que divide los patios de la casa de Gonzalo y la mía. Yo bajaba para recogerle el sobre; él me miraba con ojos tristes y se iba.

Hace cinco años tío Fernando dejó de escribirme. Cuando pasaron seis meses sin que yo recibiera sus cartas, Gonzalo comenzó a buscarme nuevamente. De todos modos, Alado se ponía blanco cada trimestre; pero con el tiempo se fue confundiendo poco a poco: olvidó las cartas, a mi tío, y cómo era Encino. Ahora a Gonzalo no le importan esos años y no deja que le enseñe a Alado mis recuerdos; a mí me pasa lo contrario, porque cada noche pienso en eso. Tengo además fotografías de cuando yo era más niño, y la de tío Fernando, que tomé de la cartera de papá sin que él se haya dado cuenta todavía; y tengo sus cartas, que leo antes de dormir.

